

Parias, héroes y sabios: la evolución política de Star Wars

Fernando Ángel Moreno
Universidad Complutense de Madrid*

Recibido: 20/12/20

Aceptado: 07/04/21

Resumen: Pese a lo mucho que se reconoce la importancia de la amistad en la saga de Star Wars, apenas se ha escrito sobre ella y sus implicaciones socio-políticas. El concepto de fraternidad, tal y como lo presenta Toni Domènech, sirve para entender que este concepto va más allá de un simple recurso narrativo. En realidad, refiere a problemas de nuestra propia sociedad y a la ideología que los provoca. Si se estudia la saga en su conjunto, se aprecia cómo la propia idea de fraternidad evoluciona según los momentos socio-históricos en que fueron rodadas las diferentes películas.

Palabras clave: Star Wars, fraternidad, parias, política.

Outcasts, Heroes and Wise People: The Political Evolution of Star Wars

Abstract: Despite how much the importance of friendship is recognized in the Star Wars saga, there has been little written about it and its socio-political implications. The concept of fraternity, as presented by Toni Domènech, serves to understand that this concept goes beyond a simple narrative resource. In reality, it refers to problems of our own society and to the ideology that provokes them. If we study the saga as a whole, we can see how the idea of fraternity evolves according to the socio-historical moments in which the different films were shot.

Keywords: Star Wars, fraternity, outcasts, politic.

Sumario: 1. La socialidad del dolor o cómo dejamos de ser uno con la Fuerza, 2. Nos queremos poco, para ser compañeros de vacío, 3. La Trilogía del Sabio o la indiferencia ante la fraternidad, 4. La Trilogía del Héroe o la fraternidad del Halcón Milenario, 5. El Star Wars Crepuscular o la fraternidad política, 6. Conclusiones: ¿pretende ser Star Wars el espíritu de la historia?

* famoreno@ucm.es

Este artículo es resultado del proyecto de investigación financiado Tránsfugas y parias modernas: género y exclusión en la cultura popular del siglo XXI (FEM2017-83974-P) del Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Innovación y Competitividad de España, proyecto dirigido por la Dra. Helena González

1. La socialidad del dolor o cómo dejamos de ser uno con la Fuerza

La socialidad del dolor es un concepto de Sara Ahmed que refiere al deseo de sentir el dolor de otra persona, a hacerlo propio, tanto por compartirlo como por asumirlo en el lugar de la persona que lo sufre (Ahmed 2004: 63). La imposibilidad de sentir el mismo dolor y la impotencia ante el sufrimiento se unen en la persona desde la empatía y el amor o, quizás, desde ¿un sentimiento?, ¿una actitud?, ¿una decisión racional? que podríamos llamar «fraternidad». Se produce en situaciones de especial dureza donde el individuo siente con especial intensidad su afinidad —¿emocional?, ¿racional?, ¿identificadora?— con la otra persona..

La socialidad del dolor no es el principal componente estético de la narrativa audiovisual actual de género proyectivo, sino quizás todo lo contrario¹. Nos encontramos hoy con una marcada visión hobbesiana del mundo en la cultura popular, especialmente en las teleseries que se han producido en EE.UU. durante lo que llevamos de siglo XXI (Domínguez Leiva 2019). Esta socialidad del dolor aparece, en el mejor de los casos, como tema secundario en la mayor parte de ellas, así como en la mayor parte de los cómics y el cine actuales. Lo más frecuente es el viaje al horror del alma humana.

Coincido con Domínguez Leiva en señalar que la cultura popular inició este proceso durante los años noventa —con el apoyo de la música rock de todos los tiempos— a partir de *The Dark Knight* y *Watchmen* en el mundillo de los superhéroes. La manera de reflexionar sobre nuestra sociedad desde una actitud esperanzada y alegre que representaron las creaciones de Jack Kirby, Stan Lee y Steve Ditko —como Los cuatro fantásticos o Spiderman— fueron abandonadas en favor de la gravedad, la autotortura y la negación de cualquier esperanza, actitudes que ya habían dominado el canon literario y cinematográfico de los académicos desde los tristes apocalípticos de la Escuela de Frankfurt: Theodor Adorno y Max Horkheimer. Daba la impresión de que, para ser crítico, denunciador, reflexivo y, sobre todo, adulto, había que ser angustioso y tremebundo. Este problema se debió, quizás, a la dificultad por parte de la crítica académica y de los lectores no habituados a las formas pop para comprender los procesos simbólicos que se estaban proponiendo. Esa misma suerte ha sufrido *Star Wars*. Que el mayor mito cinematográfico de la historia apenas haya recibido atención académica —en proporción con su relevancia como cultura de masas— parece ya un dato ilustrativo.

Así, con este giro a lo oscuro en detrimento de lo entretenido, se miraba más a la estética de mucho cine de autor y de denuncia social obsesionado con reflejar las facetas más oscuras del alma humana, sin dejar apenas resquicios a aquellas que precisamente han sabido superar tantos problemas de la Humanidad o que nos hacen avanzar con los amigos, la familia, el trabajo o incluso con la política².

¿Qué tiene todo esto que ver con la fraternidad política? Todo.

Como bien defiende Raymond Williams (1977), la cultura popular —en el fondo, toda forma cultural— refleja de un modo u otro los discursos ideológicos hegemónicos de una sociedad. Es decir, refleja aquello no legislado, no normativizado, aquello que obsesiona a grandes grupos de individuos y que toma formas simbólicas complejas y no inmediatas. En contra de la opinión de autores como Adorno, la cultura popular no sería un vehículo

¹ «Géneros proyectivos» son todos los géneros no realistas, como el realismo mágico, la ciencia ficción, la literatura fantástica o los discursos de algunos políticos españoles.

² Por suerte, los creadores comerciales saben lanzar sus propuestas más allá de esta oscuridad con propuestas como la del universo cinematográfico Marvel, en contra de curiosos ensombrecimientos como el del Superman de DC (quizás el personaje más luminoso de la historia de la cultura popular y que ha sido ensombrecido por el cineasta Zack Snyder).

de manipulación ideológica ejercido por una malvada consciencia capitalista, sino una plasmación de las inquietudes, imaginarios e impresiones ideológicas del pueblo.

En este sentido, quizás exista otro factor muy influyente en este oscurecimiento de la (en otro tiempo) alegre cultura popular: el desequilibrio en la tríada socio-política libertad-igualdad-fraternidad, debido al progresivo abandono de esta última desde los mediáticamente solidarios años sesenta hasta ahora³. La vinculación con el desprestigio del Estado como garante institucional de la socialidad del dolor es importante, como veremos, y queda reflejado en todo ese cine (de autor y comercial, europeo latinoamericano, estadounidense..., comprometido o pro-capitalista) que habla de un individuo sometido a las maquinaciones del colectivo (Estado, empresa, sindicatos, clases sociales...).

¿Pueden un Estado, un gobierno, una institución hacerse cargo, contemplar la socialidad del dolor sin el concepto de fraternidad? ¿Es la cultura popular un reflejo de la imposibilidad de este concepto socio-político o una plasmación de algo que hemos asumido sin pensar? ¿Es *Star Wars* nuestra nueva esperanza?

Por el momento, conviene aquí aportar algunas ideas sobre el concepto de «fraternidad» o «hermandad».

2. Nos queremos poco, para ser compañeros de vacío

Resulta difícil delimitar por completo el concepto de «fraternidad». El diccionario de la RAE lo define así:

(Del lat. fraternitas, -ātis). f. Amistad o afecto entre hermanos o entre quienes se tratan como tales.

Me atrevo a aventurar que, a diferencia de las relaciones materno-paterno-filiales, entre hermanos no se presuponen estructuras de poder creadas por una larga dependencia a lo largo de la infancia, por lo que me parece más interesante la idea de «hermandad» que la de «familia» (Puyol 2018b: 98). ¿Puede haber estructuras de poder entre hermanos? Sin duda, pero en ese caso yo no hablaría de «fraternidad», a la que supongo cierta relación horizontal, de igualdad.

Por otra parte, Núria Estrach Mira, amplía el concepto: «*sentimiento común* de distintos miembros de la familia que se igualan racionalmente ante la violencia del orden establecido» (2018: 48), aunque presupone la necesidad de una amenaza exterior⁴. Considero que la amenaza exterior puede ser un buen incentivo para la fraternidad, pero no acabo de ver claro que sean completamente dependientes. Precisamente, considero que la fraternidad va más allá de una necesidad compartida.

En fin, por otra parte, una relación horizontal es deseable en gran parte de las relaciones sexuales y, en sociedades que pretenden abolir las estructuras patriarcales y matriarcales, en los matrimonios o en cualquier otro tipo de amor romántico. La diferencia, quizás, se encontraría en la falta de deberes mutuos «burocratizados» que

³ Quiero aclarar que, de acuerdo con Noam Chomsky (Mitchell y Schoeffel 2002: 13-4 y 89-90), no considero que estemos en el tiempo menos solidario de la historia, sino todo lo contrario. De hecho, existe mucha más solidaridad ahora que en los sesenta. La existencia de internet con sus miles de páginas construidas desde el altruismo, las ONGs, el activismo social y político, las luchas por el ecologismo o el feminismo... —sin estar siquiera cerca de solucionar todos los problemas— han construido un mundo más solidario que cualquier otro de la historia.

⁴ De hecho, no puedo estar menos de acuerdo con su conclusión, derivada de esa definición: «la única fraternidad posible es la *fraternidad de clase* en nombre de la dignidad humana» (Estrach Mira 2018: 56).

implica una relación de pareja a largo plazo, con el añadido de una serie de cotidianidades hogareñas. En un amor romántico, además, se produce una vinculación que pretende ser única —si contemplamos la mayoría monógama de occidente— desde un punto de vista al menos afectivo y que tiende a ciertas posturas verticales. En *Star Wars*, estos «niveles de fraternidad» tienen que ver precisamente con los sucesivos bloques de películas, según la época en que fueron rodadas. Por ejemplo, podemos preguntar a Anakin Skywalker y a Padmé Amidala sobre la relación amor romántico-fraternidad-fraternidad política.

Por otra parte, lo afectivo tampoco es imprescindible, como explica Puyol:

el sentimiento no es una condición necesaria de la fraternidad. Los individuos que mantienen una relación fraternal entre sí no están obligados a compartir unos determinados sentimientos, ni el sentimiento es la causa o la principal motivación de la fraternidad. Para que exista fraternidad, los individuos deben ser conscientes de tener un fin común indivisible que les vincula de un modo especial hasta el punto de que se reconocen y se sienten identificados con él, pero ese mutuo reconocimiento no necesita traducirse en un sentimiento psicológico de fraternización. Los sentimientos fraternos pueden existir o no y, de existir, pueden actuar efectivamente como refuerzo del compromiso personal con el vínculo fraternal, pero no son imprescindibles para que se produzca una relación fraternal (Puyol 2018b: 95).

Así, la fraternidad no implicaría por definición obligaciones, estructuras de poder, dependencias ni aspiraciones a la «unicidad» como característica obligatoria, ni amenazas exteriores que la provoquen, aunque estas puedan detonar su aparición. Nussbaum, basándose en teorías de Comte, defiende precisamente esta idea de fraternidad, como una evolución de madurez emocional desde la simpatía por los seres queridos cercanos a una simpatía —más evolucionada, más madura— por todo ser humano (2013: 78). Además, la considera fundamental para el buen funcionamiento de un Estado de derecho.

Por otra parte, en la Revolución Francesa, el concepto de fraternidad tenía como objetivo:

garantizar la emancipación real de las clases subalternas, es decir, de todos aquellos que dependían de los demás para poder vivir —criados, jornaleros, campesinos y, en general, todo tipo de pobres—, el 90% de la población francesa de finales del siglo XVIII. La fraternidad prometía la abolición legal de todos los contratos feudales de servidumbre y la promesa de que ningún ciudadano o ser humano —que en la Declaración Universal de los Derechos del Hombre y del Ciudadano de 1789 venía a ser lo mismo— acabaría dominando a otro jurídica, social o económicamente (Puyol 2018a: 5).

Este es un principio horizontal, anti-vertical, que ha sido desarrollado con mayor fortuna en occidente desde mediados del siglo XIX, aunque con un énfasis mayor en la «solidaridad» (Puyol 2018a: 6). En las seis primeras películas de *Star Wars* esta idea brilla por su ausencia, pero adquiere gran relevancia en las últimas entregas.

La fraternidad más «pura» sería así el tipo más libre de relación entre dos personas, pero también un tipo de relación que supera las diferencias socio-político-económicas, que trasciende cualquier pretensión de verticalidad.

Está claro que las sociedades que aspiran a ser más libres e iguales no conseguirán sus objetivos si sus ciudadanos no son capaces de cultivar la fraternidad o la solidaridad (no consigo poder diferenciar un concepto del otro

en cuanto a sus aplicaciones prácticas). Esto es así porque si es cierto que sin igualdad no hay libertad real, también lo es que sin fraternidad no se avanza hacia una mayor igualdad. No se avanza porque ni los ciudadanos exigen a sus gobiernos medidas más equitativas, ni están dispuestos a compensar las muchas injusticias que el sistema económico va produciendo (Camps 2018: 148).

En este sentido, la fraternidad es, como explica Victoria Camps (2018: 144), pre-política, pero también post-política.

Se trataría por consiguiente de un principio básico de la democracia, puesto que «la fraternidad es una virtud (o un deber moral) que debe ser cultivada por todos y cada uno de los ciudadanos que se enorgullecen de serlo» (Camps 2018: 148).

Completo con la clarificación de Vergés Gifra: la fraternidad implica una relación de igualdad dentro de una comunidad (2018: 130) y requiere no solo una disposición de ayuda al otro, sino incluso una obligación que puede exigirse (2018: 131). No tengo claro ese «que puede exigirse», aunque sí aceptaría un «que puedo autoexigirme hacia el otro». No obstante, la disposición inicial —la afectividad de partida— sí me parece algo enormemente vinculado con el concepto de fraternidad, siendo previa a cualquier concepto de justicia o de normativa (2018: 137). Por este motivo, «la fraternidad sería, en definitiva, un dispositivo permanentemente *institucionalizable*, pero nunca *institucionalizado* de una vez por todas» (Farrés Juste 2018: 163).

En este sentido, Puyol defiende la fraternidad como un aspecto necesario incluso de una sociedad liberal:

Los ideales de libertad e igualdad no se pueden mantener en la práctica política únicamente a través del cálculo de individuos auto-interesados. El éxito político de los ideales liberales requiere del compromiso de la ciudadanía que, consciente de formar una comunidad (liberal) y no una mera asociación de intereses egoístas, se compromete moralmente con la defensa común de la forma de vida liberal, una forma de vida que debe ser entendida como un fin compartido e indivisible y no como un simple medio para satisfacer los intereses privados (Puyol 2018b: 95).

Por todo ello, la fraternidad funcionaría como herramienta contra el individualismo exacerbado de la modernidad y, por consiguiente, como árbitro idóneo cuando el principio de «libertad» ha cobrado una importancia tan relevante en nuestra sociedad (Camps 2018: 148).

Desde un punto de vista integrador de todas estas ideas, Ángel Puyol concluye:

La fraternidad como idea política señala que los miembros de una comunidad política, incluso si carecen de lazos naturales o naturalizados entre ellos, aspiran a relacionarse entre sí como lo harían idealmente los hermanos y hermanas de una misma familia extendida que es la sociedad (Puyol 2018b: 92).

Llegamos aquí a la vinculación con la socialidad del dolor como tema tan excluido de tantas manifestaciones culturales actuales. Así, lo que me interesa a partir de aquí es dilucidar, a partir de la socialidad del dolor y de estos conceptos de horizontalidad, si existe verdadera fraternidad o hermandad entre los personajes de *Star Wars* y qué implica dicha fraternidad.

Para todo ello, retomo una terminología que ya he empleado en otras ocasiones (Moreno 2018). Divido las películas por el concepto de modelo humano que plantean los diferentes bloques:

Así, las denominadas «precuelas» (I, II y III) constituirían la *Trilogía del Sabio*. En todas ellas hay una pretensión de sabiduría personal, ética, política, amorosa... que los personajes asumen como una base de relaciones sociales. Se crea así la triste paradoja de que no existe ningún sabio, aunque todos los personajes pretenden serlo.

La trilogía clásica (IV, V y VI) sería la *Trilogía del Héroe*, debido a su construcción de un héroe con numerosas ramificaciones clásicas y con el camino defendido por Joseph Campbell (1991). El centro de los diálogos y de las acciones de los personajes no es la sabiduría, sino la consecución de una meta que ha de instaurar un modelo social. La trilogía, sin embargo, termina con un acto contrario a las narraciones heroicas más comunes: Luke arroja el sable láser a un lado con una negación de la violencia y del asesinato del malvado.

Las películas rodadas durante la etapa Disney, sin duda las más adultas de la saga, forman el *Star Wars Crepuscular*. Deconstruyen los modelos de sabio y de héroe a partir de una constatación de crisis de valores⁵.

3. La Trilogía del Sabio o la indiferencia ante la fraternidad

Resulta muy chocante casi todo lo que tiene que ver con las relaciones personales en la *Trilogía del Sabio*. En mi opinión, influye que se trate de precuelas de una película de concepto y estética post-apocalípticas (*A New Hope*). La destrucción de la antigua república provocará no solo una distopía, sino también una situación de miseria e involución tecnológica en numerosos planetas de la galaxia. Es importante para entender que esta estética de la frontera sustituye al barroquismo político, arquitectónico, cultural, social de la *Trilogía del Sabio*.

Esta destrucción de la comunidad se ve reflejada también en la destrucción de las relaciones entre los personajes, que caen junto al sistema político. Lo apocalíptico abarca todos los niveles públicos y privados. Se produce así una coherencia socio-estética muy interesante.

Amidala muere por amor romántico, produciendo así una degradación de su figura como senadora, como mujer institucional empoderada. Curiosamente, su relación con Anakin había empezado como fraternidad en I, como una especie de simpatía mutua sin lazos dependientes. Esta fraternidad queda destruida en II al convertirse en amor romántico, hasta el punto de que la terrible ideología política de Anakin —seguramente insostenible en relación fraternal— es ignorada e incluso aceptada, al atribuir un aura idealizadora a quien en puridad es un genocida y un sociópata.

Por otra parte, Anakin en ningún momento muestra una relación horizontal con Amidala, al obsesionarse con salvarla sin verla capaz de defenderse por sí sola. Su socialidad del dolor no es tal, sino miedo proyectado.

Tampoco parece que pueda tildarse como fraternal la legendaria relación entre Anakin y Obi Wan. Si bien les vemos algo más unidos en la serie *Clone Wars*, la verticalidad con que Obi Wan trata a Anakin primero y el desprecio posterior por sus acciones —cuando ya ha dejado de ser su maestro— durante la *Trilogía del Sabio* distan mucho de representar una relación fraternal. La socialidad del dolor entre ellos no aparece en ningún momento.

Sí podemos ver algo definible como «fraternidad» en la contienda de los Jedi en Geonosis al final del episodio II. No obstante, no se aprecian diálogos ni gestos que muestren relaciones fraternales. Durante toda la *Trilogía del Sabio*, la relación entre los Jedi parece más institucional-burocrática que fraternal. De hecho, la Orden Jedi huye de

⁵ Desarrollo con mayor complejidad estos conceptos en Moreno (2018).

los afectos como centro de sus relaciones personales. Aman, sí, pero desde la distancia, sin la socialidad del dolor de otras ideologías de control de los afectos como la estoica o la budista, en las que se permite un fuerte componente afectivo en las relaciones personales. Además, la verticalidad institucional entre los Jedi es muy acusada.

Evidentemente, entre los Sith, socialidad del dolor... Poquita.

Las relaciones de la *Trilogía del Sabio* se construyen desde el que ha sido el gran modelo socio-político de la modernidad: el de la institucionalización racional que aboga por dejar las relaciones afectivas a un lado, excepto aquellas basadas en dependencias verticales (como la de maestro-pupilo o la del amor romántico en sumisión). No en vano, la modernidad se construyó como imaginario sistémico desde lo distante, desde la frialdad lógica de lo racional.

Me gustaría recordar una manera en que dicha distancia racional gubernamental fue rota en nombre de la fraternidad y de la socialidad del dolor, cuando en Italia, en 2011, se produjo un desvío de esta política anti-emocional. La Ministra de Educación de aquel momento —Elsa Fornero— rompió a llorar mientras explicaba los recortes que debían hacerse⁶. Prometía entre lágrimas que, en cuanto fuera posible, volvería a invertirse en algo muy necesario para la ciudadanía. Su discurso —que tomaré por sincero a falta de más datos— es una muestra de socialidad del dolor y un concepto político muy diferente de la masculina modernidad. Martha Nussbaum también vincula los paradigmas de filosofía política con cierta educación masculina, aunque ella retrasa el problema hasta el Antiguo Régimen (Nussbaum 2013: 49). No niego que sea tan antiguo, pero sí que la Modernidad no lo continuara pese a los esfuerzos de Herder, Comte o Mill.

Lo más habitual en la modernidad es el discurso de tantos ministros que suelen explicar que un recorte es una decisión racional que debe ser aceptada desde la fría lógica económica, sin socialidad del dolor, a partir de modelos que toman lo emocional como «debilidad», como «peligro para las decisiones correctas» o como «impostura populista»⁷. Por el contrario, en la Antigüedad, vincularse emocionalmente con la repercusión de las decisiones racionales era una de las claves de la filosofía estoica: no se dejaba todo a la razón, sino que se evitaba tomar decisiones solo desde la mera emoción. Muchos estoicos, incluso, consideraban que la emoción era una guía para las decisiones y un camino de perfeccionamiento humano (Boeri y Salles 2014: 593).

La imagen del sabio que rechaza la emoción, que representa la fría lógica como máximo modelo socio-político, es una de las más características de la modernidad y el principio por el que parecen regirse los «sabios» de la *Trilogía del Sabio*. Al fin y al cabo,

de los tres valores revolucionarios, el de la fraternidad ha sido el que ha tenido una vida más corta. Rápidamente fue ignorado por la filosofía y por la política, debido sin duda a sus connotaciones religiosas y, sobre todo, a la dificultad de convertirlo en un principio normativo. Se puede legislar sobre la libertad y sobre la igualdad, pero no sobre la fraternidad. Ésta, o bien se les supone a los humanos como un derivado lógico de concebirse como miembros de una misma especie, o bien se descarta como una metáfora bella pero imposible e incluso inútil para corregir las desigualdades y las injusticias que se ciernen inexorablemente sobre la mayoría de seres humanos (Camps 2018: 140).

⁶ <https://www.publico.es/actualidad/ministra-italiana-rompe-llorar-explica.html>

⁷ Recordemos al ministro español José Ignacio Wert y su sentencia de que quien no pudiera pagarse las nuevas tasas universitarias sería porque se gastaba el dinero en otras cosas, con total desprecio hacia los demás ciudadanos (Wert 2012).

Por el contrario, la postmodernidad ha puesto en duda este modelo y ha aparecido en la esfera pública en movimientos como el *hippysmo*, el mayo del 68 o el 15M, donde numerosas manifestaciones a favor de los sentimientos han sido ridiculizadas posteriormente. Nada de esto se vislumbra en la *Trilogía del Sabio*, centrada en la falta de implicación emocional y en férreas estructuras jerárquicas.

Por otra parte, nos encontramos con una trama e inquietudes propias de las épicas clásicas, donde los protagonistas eran de linaje noble o «escogidos» por los dioses o, en este caso, los midiclorianos. Esto invita poco a lo fraternal. Pese a la urgencia evidente de los altos problemas políticos que, sin duda, afectan a toda una población, los senadores y los Jedi parecen bastante poco fraternales con los problemas de las clases populares, lo cual choca también con la tríada de la Revolución Francesa. La sentencia de Qui Gon Jinn en I —«No hemos venido a liberar esclavos»— se corresponde con la distancia física y emotiva de Anakin respecto a su madre durante su formación en la Orden, así como con la ausencia de referencias a acciones sociales de los Jedi, entregados al parecer a la alta política. Solo en la serie de *Clone Wars* vemos a los Jedi ayudar en ocasiones —aunque siempre policial o militarmente— a gente humilde, pero nada más. No encontramos, por consiguiente, lo que podríamos denominar «fraternidad política». Deberemos llegar al *Star Wars* Crepuscular para encontrarla.

4. La Trilogía del Héroe o la fraternidad del Halcón Milenario

Los políticos deberían leer ciencia ficción. No *westerns* ni historias de detectives.
(Arthur C. Clarke)

La *Trilogía del Héroe*, por el contrario, está centrada en la fraternidad, casi como principal elemento aglutinador. En este sentido, supone un giro radical respecto a la del *Sabio*.

Nos encontramos en escenarios bien distintos: la frontera —con numerosas analogías con el género del western y de la novela de caballerías—, el postapocalipsis y el frente bélico, de un modo bastante distinto al de la *Trilogía del Sabio*. En la *Trilogía del Héroe* las historias de los generales y las fastuosas batallas espaciales son sustituidas por las pequeñas historias de soldados y las misiones de grupos pequeños. La alta política deja su espacio al individuo, en un escenario socio-político que no permite la gestión democrática ni el debate en cámaras de representación. Sin instituciones representativas, el individuo piensa mucho más en sí mismo y en su pequeño espacio de acción. El héroe ya no es un héroe institucional que se encuentra dentro de un sistema burocratizado que le ayuda. No es Jack Ryan ni Elliot Ness ni siquiera los protagonistas de *The Wire* o de *Hill Street Blues*, que tan pronto son ayudados por el sistema como deben actuar al margen de él. El espacio político es el del activista más anti-sistema o, si acaso, el del partisano⁸.

En este espacio, la fraternidad surge desde la mera necesidad y desde la camaradería bélica, es decir, en la línea ya comentada de Estrach Mira (2018). No se trata de una fraternidad política como la que encontraremos más tarde, sino la forjada por simpatías al luchar contra enemigos comunes. Sin embargo, parece evolucionar hacia una fraternidad mucho más desligada de las necesidades en el caso de Luke y Leia.

Desde luego, las fraternidades más evidentes son las forjadas entre Leia Organa, Luke Skywalker, Han Solo y Chewbacca, con el añadido posterior de Lando Calrissian. Al principio, poco les unía más allá de la supervivencia. Sin embargo, el primer lazo

⁸ Para un análisis del partisano en *Star Wars*, desde las teorías de Carl Schmitt, véase Moreno (2018: 352-79).

económico entre Luke y Han se disuelve pronto. Es la huida de la Estrella de la Muerte y el espacio compartido del Halcón Milenario lo que crea la camaradería.

En este sentido, el Halcón Milenario me parece el gran espacio simbólico de la fraternidad, donde se crean los lazos más fuertes al vincular reposo y batalla. Es también el espacio de la amistad, del diálogo, de la libertad, de la igualdad, por contraste con lo vertical y lo jerárquico. De hecho, estos factores son, seguramente, la base para la posibilidad de lo fraternal. Si bien Han Solo es quien da las órdenes y gobierna el espacio privado, las relaciones no pueden ser calificadas como «de subordinación» a él, ya que recibe constantes críticas, ataques y colaboraciones. El Halcón Milenario representa la fraternidad del espacio privado.

En una sociedad fraternal, los individuos saben que su igualdad fundamental implica la preocupación de todos hacia cada uno y de cada uno hacia los demás, y saben también que la desgracia de uno de ellos es una desgracia para el resto, y que la fortuna de los que están mejor, si no se ha obtenido a través de la opresión, es una buena noticia también para todos (Puyol 2018b: 99).

Entre las muchísimas escenas de fraternidad de esta trilogía, vale la pena recordar como mejor ejemplo la salida de Han Solo en busca de Luke en Hoth, con ese diálogo ya clásico:

Oficial: Señor, la temperatura baja rápidamente.

Han: Exacto. Y mi amigo está ahí fuera.

Oficial: Su tauntaun se congelará antes de llegar al primer registro.

Han: Entonces nos veremos en el Infierno⁹.

Esa es la clave de lo fraternal de la *Trilogía del Héroe*: el espacio privado. Es la fraternidad del individualista, que busca un entorno de manada donde obtener reposo y algunos lazos afectivos, sin fraternidad del espacio público.

Como bien indicaba Toni Domènech en 1993, en la tríada «libertad, igualdad y fraternidad» se ha impuesto en nuestro imaginario socio-político la libertad —por consiguiente, la priorización de lo privado sobre lo público— sobre los otros dos, sin contemplar que es necesaria la interacción entre los tres conceptos y la proyección de estos ideales al espacio público para el buen funcionamiento de una sociedad democrática (Domènech 1993: 50)¹⁰.

En la *Trilogía del Héroe*, si bien la lucha por la justicia y la ética impulsa las diferentes misiones y soporta la acción, el espacio privado fraternal es quizás lo que fascina y nos cautiva, desde su vinculación con el concepto de «libertad». ¿Qué envidiamos más: la lucha contra el Mal y contra la tiranía o el poder hacer chistes con Han y luchar codo con codo con Leia y echar una partida de ajedrez con Chewbacca? ¿Es nuestra necesidad de que se haga justicia lo que nos enamora de la *Trilogía del Héroe* o las ganas de correr aventuras con esas personalidades cínicas y valientes? ¿Preferimos que Darth Vader deje de hacer el Mal a acompañar a Luke en su viaje a Dagobah?

La aventura del héroe solitario, que se une a un grupo muy pequeño de aventureros solitarios —que crea de este modo el sentimiento fraternal—, es una marca no solo de los ochenta, sino del cine de acción hollywoodiense nacido del mito fundacional del *western*.

⁹ «El concepto político de fraternidad incluye de suyo la cláusula del deber de ayuda mutua en caso de necesidad sin tener que justificar, suplementariamente, por qué hay que ayudar a quien tiene una necesidad básica insatisfecha que no es resultado de la opresión» (Puyol 2018b: 105).

¹⁰ «No hay libertad que valga [...] si no disfrutamos también de una fraternidad y de una igualdad [...]. Aspirar a la libertad sin fraternidad [...] es simplemente aspirar a darle la vuelta a la jerarquía existente, pero no a reemplazarla por algo fundamentalmente diferente» (Nausbaum 2013: 55).

La falta de creencia en un sistema político legítimo, mucho menos eficaz, que ha construido los Estados Unidos desde su cultura popular ha impregnado, en mi opinión, los países que ha colonizado culturalmente, es decir, casi todo Occidente. ¿Cuánto de la desconfianza actual en los políticos y en las instituciones oficiales ha nacido del visionado de tantas películas de *western*; de tantas historias de aventureros solitarios en la jungla, en el desierto, en fondo del mar, en el espacio; de tantos policías y soldados que se niegan a obedecer órdenes porque las instituciones están todas sustentadas por inútiles y trepas? ¿Cuántos activistas anti-sistema de izquierdas han incluso crecido políticamente desde ese imaginario, proclamándose anarquistas cuando en el fondo pretenden ser *cowboys* o justicieros de la noche hermanados con unos pocos iguales, siempre en la resistencia, nunca en la construcción institucional?

Este tipo de fraternidad basado en el encuentro activista más que en la familia, el cargo institucional o el amor romántico tiene algo de adolescente, algo de cine de Hollywood, algo de sueño húmedo de salvador junto a otros pocos salvadores, los únicos que —a veces, solo a veces— comprenden al individuo estigmatizado. Considero que este tipo de fraternidad —sin duda, hermoso e inspirador en sus momentos concretos— parte de ese individualismo donde la capilla —o incluso catedral— es el espacio solemne del Halcón Milenario como el bar con la bandera comunista o la mesa redonda de cuatro activistas a la que acuden los de siempre. Así, solo se entiende la fraternidad política entre personas con la misma ideología y no con el ciudadano o, incluso, el ser humano como tal.

5. El *Star Wars Crepuscular* o la fraternidad política

La democracia republicano-cosmopolita puede y debe, si quiere merecer ese nombre, crear espacios en los que los hombres configuren por ellos mismos el sentido de su existencia, adquieran su propio concepto de buena vida en la autodefinición de esa existencia, y lo realicen automodelándose y modelándose mutuamente en condiciones aceptables de libertad e igualdad, es decir: fraternalmente (Domènech 1993: 72).

El individualismo es fuerte en el *Star Wars Crepuscular*, pero solo como punto de partida. Ya en *Rogue One* nos encontramos con dos personajes —Cassian Andor y Jynn Erso— que comienzan a luchar juntos por coincidencia de objetivos, pero cuyo final — en realidad, en sus últimos segundos— se unen en un abrazo no romántico, sino fraternal. Se trata de un final enormemente inusual, quizás único, en las relaciones entre mujer y hombre en el cine de aventuras. Ni el amor romántico ni la familia centran la imagen final, sino la fraternidad y la socialidad del dolor.

Por otra parte, en *The Force Awakens*, también vemos una exclusión absoluta del amor romántico y del triunfo de la familia, tan característicos del cine más comercial. Del matrimonio entre Leia y Han Solo queda únicamente lo fraternal. La relación entre Rey y Finn se basa únicamente en un sentimiento fraternal, incluso después de escapar del peligro. El esfuerzo de Finn por salvar a Rey es completamente fraternal. Es decir, empezamos donde nos quedamos al final de la *Trilogía del Héroe*: en una fraternidad que parte del individuo. No obstante, en *The Last Jedi*, la saga da un paso más allá. Nos encontramos con dos personajes que rompen con esa tradición heroica no solo de la saga, sino de la propia cultura popular: Kylo Ren y Rey.

Por una parte, Kylo Ren es un villano atípico, en principio creado —o no— por un error de su maestro Luke Skywalker. Luke había conseguido refundar una academia Jedi, pero, al descubrir un terrible Lado Oscuro en su discípulo y en un momento de debilidad

ética, está a punto de asesinarlo con el fin de que el Lado Oscuro no se levante de nuevo. Esto provoca que Kylo reniegue de lo Jedi y de toda la tradición heroica familiar. El hijo predilecto se siente traicionado por el padre todopoderoso, en una tradición satánica evidente.

Nos encontramos ante la clásica controversia respecto al Mal y al Destino: ¿existe un pecado original contra el que poco podemos hacer? ¿Es posible la redención? ¿Unas premisas malvadas de partida deben ser ignoradas bajo la creencia en la pedagogía? Básicamente, se trata de la duda entre lo innato del Mal frente al Mal como algo construido desde la experiencia personal. Además, se añade el motivo tradicional de la profecía autocumplida: debido a la obsesión con lo profetizado termino siendo la herramienta de su cumplimiento.

Plantear la lucha entre el Bien y el Mal como un dualismo ontológico inevitable, genérico, sistémico ha sido la base de casi todas tradiciones heroicas contemporáneas, especialmente en el cine de aventuras. Desde un punto de vista conservador, el malvado no es redimible. Lo máximo que podemos hacer es encarcelarlo o, en la mayoría de los casos, matarle (cuando no muere por un oportuno accidente fortuito tras una pelea a vida o muerte con el héroe).

Precisamente, un concepto fraternal del mundo, a partir del cual cualquier ser humano es nuestro hermano y, por consiguiente, susceptible en primer lugar de comprensión — con sus intentos de acercamiento— y en segundo lugar de redención —salvo contadísimas excepciones—, es el menos empleado en estos géneros narrativos. Como explican Domènech, se ha impuesto la mera libertad: el libre albedrío nos hace totalmente responsables de nuestras acciones y, paradójicamente, nuestras acciones están predeterminadas por una maldad intrínseca del individuo que las realiza¹¹. Es decir, no tenemos por qué entender ni ayudar al malvado por dos razones: es malvado de por sí y es malvado porque es libre para elegir serlo.

Ahora bien, a nivel individual-familiar, Luke Skywalker había roto con esta tradición en *Return of the Jedi* al salvar a Darth Vader desde un concepto bastante más fraternal que filial, al verle como alguien equiparable a sí mismo —apuntado ya en *Empire Strikes Back*, en la escena del árbol—. Fue una decisión tomada tanto desde el afecto como desde la reflexión.

Por otra parte, se trataba de una decisión que rompía tanto con la tradición Jedi como con las enseñanzas de su maestro Obi Wan Kenobi, quien insistía en que debería matar a Vader. Así, Luke hizo uso de su libertad para llegar a sus propias conclusiones, sin las cadenas del pasado ni de los apriorismos jerárquicos, pero sí desde la vinculación de los tres conceptos: libertad (yo decido en contra de la tradición y de mis maestros), igualdad (soy un Jedi, como mi padre antes que yo) y fraternidad (no matar a un igual).

Es decir, en *A New Hope*, Luke llega a lo fraternal desde la libertad y la igualdad.

Esto es lo que deja de hacer al convertirse en maestro Jedi y entrar en el terreno de la jerarquía y la superioridad moral, al reinstaurar las jerarquías Jedi, al levantar el sable láser contra un estudiante y, de este modo, al no creer en la libertad de Kylo, al no sentirse un igual, al no actuar desde la libertad de decisión (sino empujado por la tradición jedi-Sith) y al no contemplarle desde un afecto fraternal.

Al ser una persona ética —un héroe, al fin y al cabo— corrige a tiempo. No es extraño ni, creo, condenable en la misma medida que si hubiera golpeado: existe una distancia de millones de kilómetros y de cientos de siglos entre levantar un arma contra alguien y ser capaz de usarla a sangre fría. Nuestros impulsos son tan humanos como el momento de su contención. Entiendo que a muchos aficionados no les haya gustado esta visión del

¹¹ Michel Ornfray explica bien esta contradicción ética del cristianismo (2005: 66).

personaje, pero a mí me ha resultado humana, así como coherente con toda la saga, con el tipo de reflexión realizado en las trilogías anteriores.

Por otra parte, Rey es el otro personaje individualista que rompe tradiciones, aunque ella estará rodeada de fraternidad política, la de tres mujeres: Leia, Holdo y Rose.

Pese a las acusaciones de «copia» de *A New Hope* que sufrió *The Force Awakens*, se trata en realidad de una deconstrucción, como lo es *The Last Jedi* respecto a *The Empire Strikes Back*: una crítica y al mismo tiempo una refundación de la *Trilogía del Héroe*. Así, Luke y Rey se parecen en que viven en un planeta desértico y tienen que vivir aventuras en el Halcón Milenario. Poco más. Si Luke es un joven deseoso de convertirse en héroe, Rey huye constantemente de ese destino, obsesionada solo por reconstruir su pasado. Incluso rechaza una y otra vez el sable láser.

Mientras Luke vive con ciertas comodidades en la granja de humedad de sus tíos, Rey es una paria, una *homeless* que apenas consigue sobrevivir día a día en una sociedad hostil.

Rey vive las consecuencias del individualismo, en plena libertad; en plena dura y trágica libertad. ¿Igualdad? La que parece apreciarse en el asentamiento donde vive: todos iguales en la miseria. Ni la libertad ni la igualdad van a salvar a Rey.

Tampoco acudir al hombre blanco y sabio de barba gris salvará a Rey. Como con Kylo, el pasado, la tradición, la jerarquía por edad fracasan con ella. Debe encontrar su propio camino y lo busca en la fraternidad; primero con Finn, luego con Kylo, al final con la Resistencia.

Paradójicamente, Luke le había dado la clave para entender lo que es la Fuerza: fraternidad. Cuando ella responde que La Fuerza «es un poder de los Jedi que les permite controlar a la gente y hacer flotar cosas», Luke responde que no ha dado ni una en esa frase. Con ello se critica también a los aficionados que no han entendido más que la magia del acróbata, sin entender los principios fraternales de la saga.

Obi Wan lo había explicado ya: la Fuerza «es un campo de energía creado por todas las cosas vivientes, nos rodea, penetra en nosotros y mantiene unida a la galaxia».

Crear en la Fuerza implica creer en la fraternidad y en cómo esta surge de las condiciones materiales. Es una especie de trascendencia atea fraternal, incluso una fraternidad política en cuanto que implica a todos los seres vivos. En esto puede encontrarse cierta relación con el principio budista de que el universo se encuentra unido por las acciones de los seres vivos Arnau (2006: 37), con los principios estoicos sobre la causalidad (Boeri y Salles 2014: 347-60) e incluso con ciertas teorías antrópicas del sentido del universo (Hawking 1988: 166). Todas estas ideas fueron olvidadas o corrompidas por el cristianismo y han provocado un desvío de la vinculación ética-materia a través de la fraternidad que el concepto conlleva.

¿Qué pasa entonces con los Sith, como Kylo Ren? ¿Cómo es que pueden usar la Fuerza? Los Sith son capaces de influir sobre ese campo de energía por medio de la voluntad y las emociones, pero precisan que los seres vivos —en comunión entre ellos— generen el campo. Los Sith son individualistas feroces que se aprovechan de los logros en la construcción de una comunidad políticamente fraternal. Se aprovechan tanto física como socialmente. Por eso su camino es más rápido y más fácil, puesto que no necesitan crear, sino que se aprovechan de algo ya creado. No por eso su camino es más poderoso. En este sentido, tienen mucho más que ver con las ideas del objetivismo egoísta de Ayn Rand (Peikoff 1993) y su insólita idea de que el universo debe regirse en torno a la libertad

de los de mayor voluntad de poder y mayores triunfos en la vida, con desprecio de los perdedores y sin socialidad del dolor hacia quien no la «merece»¹².

Por el contrario, creer en el Lado Luminoso de la Fuerza es creer en la comunidad de los seres vivos a través de la fraternidad, en su simbiosis, en sus sinergias a largo plazo, en el cese del sufrimiento, como explica el propio Lucas (Moyers 1999: 41).

El camino que escoge Rey desde su individualismo es el contrario al de Kylo: es el de la búsqueda de la empatía, de lo fraternal¹³.

Con ello, se une a la línea de otros personajes que se desvinculan del tradicional héroe de aventuras.

Tanto en el cine de aventuras como en el cine de denuncia social aparece el mito del héroe de la frontera, donde los petimetres del Gobierno, los funcionarios, todo político son personas falsas, inútiles y obsesionadas con las intrigas palaciegas en pos del poder. Cuando nadie ayuda al pobre pistolero o al sindicalista que se enfrenta a políticos y empresarios, cuando el Gobierno representa una maquinaria inútil y absurda que en nada ayuda a las buenas gentes, volvemos al mito del individuo que se basta a sí mismo para enfrentarse al poder en contra de un Estado que no sirve más que para enriquecer a sus representantes.

En *The Last Jedi* nos encontramos con un giro respecto a esta idea. El héroe del gatillo fácil, el individualista, no ve el conjunto de sus acciones cuando actúa por impulso, cuando actúa «teniendo fe en sí mismo». Al actuar por encima de la institución, fracasa. Por eso, acciones como la de Poe Dameron —que sacrifica numerosas vidas a cambio de un objetivo militar no imprescindible, sin socialidad del dolor alguna— llevan a más muerte y desgracia que la confianza en el equipo, en las estructuras, y que la empatía institucional hacia el sufrimiento.

Esto no nos lleva a un idealismo ingenuo, pero se precisa que las personas elegidas en los cargos de esas estructuras se muevan más por fraternidad que por burocracia o por poder. Todo funciona mejor cuando el Estado se construye desde la fraternidad política. En este sentido, Leia Organa y Amilyn Holdo representan este ideal político.

Un punto de vista más personal es aportado por Rose Tico, la pequeña valiente que defiende salvar lo que se tiene, en vez de destruir lo que se odia o morir por ello.

Este giro intelectual de la saga en el *Star Wars Crepuscular* es importante y tiene que ver con la decisión de Luke en *Return of the Jedi*: ceder a los impulsos y a la creencia en uno mismo desde el individualismo rara vez soluciona un problema, como tampoco elegir para cargos a personas que no creen en la fraternidad política.

Existen algunas claves para entender este concepto nuevo en la saga y, seguramente, en el cine comercial o incluso en el no comercial.

Existe ante todo ese proceso de oscurización de la cultura popular al que hacía referencia al principio del artículo y que enlaza con las estructuras canónicas que pervierten el cómic-book de los noventa y que llega a las series oscuras de hoy en día que está trabajando Antonio Domínguez Leiva. La alternativa puede ser el *Hopepunk*, nuevo movimiento de crítica social estética al que quizás podríamos adscribir la fraternidad política de *The Last Jedi* (Romano 2018, Maquilón 2019). Tiene que ver con lo que considero una necesidad, la de los finales felices en la narrativa popular: necesitamos más finales felices a través de los cuales se nos haga entender que existen vías posibles de construcción política, como vemos por ejemplo en *The Hunger Games*. El discurso hegemónico hobbesiano ha de cambiar.

¹² Para un mayor desarrollo de la relación entre las ideas de Rand y *The Last Jedi*, véase Moreno (2018: 332-52).

¹³ Para un desarrollo de estas ideas (Moreno 2018).

Por otra parte, resulta muy ilustrativo que la fraternidad política parta de un tipo particular de fraternidad tan difícil de encontrar como los otros: la sororidad, que el episodio VIII explicita de una manera única en la saga y poco usual en el cine de aventuras¹⁴. Es cierto que el concepto quizás no sea del todo aplicable si lo entendemos solo como una forma de fraternidad que aparece en un escenario de discriminación sexual, puesto que ninguno de los diálogos parece apuntar en esa línea¹⁵. No obstante, desde un punto de vista más general, la sororidad de estas dos mujeres resulta muy interesante en cuanto a que precisamente no parece surgir de una tensión motivada por los terribles hechos que están viviendo ni desde un acoso personal. Su sororidad se percibe en la manera reposada y se proyecta sobre la esfera pública a través de sus cargos institucionales y su igualdad, yendo incluso más allá de la propuesta de Marcela Lagarde en un desarrollo obvio y necesario:

Pacto, agenda y ciudadanía van de la mano. Tienen sus antecedentes en el apoyo solidario directo, privado, tantas veces clandestino y subversivo entre una y otra. Pero ha sido en lo público donde hemos debido dialogar con quienes nos unen lazos familiares o de amistad, si no la voluntad política de género (Lagarde 2006: 124).

Esta sororidad no es excluyente ni vertical, sino que se extiende políticamente en la actitud hacia los compañeros de combate. Si bien en las imposiciones verticales propias del cargo —con la degradación (por parte de Leia) y la detención (por parte de Holdo) de Poe— no puede contemplarse fraternidad, en el trato posterior al ejercicio de la autoridad y en los comentarios entre ellas es la fraternidad entre las dos mujeres la que marca la manera de entender la política y la manera de relacionarse con Poe.

No puede dejar de vincularse, de nuevo, con la criticada frase de Rose Tico: «No venceremos muriendo contra lo que odiamos, sino salvando lo que amamos»¹⁶. Se trata de un cambio de lo vertical-competitivo —destruir lo que nos aterra— por lo horizontal-constructivo, es decir, por lo fraternal¹⁷. De nuevo, la línea ideológica de la película viene marcada por una propuesta de fraternidad política. Por todo ello, considero que VIII culmina un largo proceso hacia la fraternidad política.

¹⁴ «La sororidad es una dimensión ética, política y práctica del feminismo contemporáneo. Es una experiencia de las mujeres que conduce a la búsqueda de relaciones positivas y a la alianza existencial y política, cuerpo a cuerpo, subjetividad a subjetividad con otras mujeres, para contribuir con acciones específicas a la eliminación social de todas las formas de opresión y al apoyo mutuo para lograr el poderío genérico de todas y al empoderamiento vital de cada mujer» (Lagarde 2006: 126).

¹⁵ Considero que Poe Dameron habría hecho lo mismo tanto con un jefe hombre como con Holdo y Leia, pero —se esté de acuerdo o no— la información mostrada en pantalla no apunta en ninguna dirección concreta respecto a las actitudes del personaje.

¹⁶ «Un eje central de la cultivación [sic] de ese amor sería la imaginación: deberíamos ser capaces de ver el destino de cada persona en los demás e imaginárnoslo vívidamente como un aspecto de nuestro propio destino y concebir el conjunto de la historia de la especie humana y su posible futuro como parte de nuestra propia esfera de interés personal, por medio de una concentración intensa en imágenes ideales de la realización humana» (Nussbaum 2013: 81-2).

¹⁷ La igualdad fraternal incorpora un lazo comunitario en la sociedad de los iguales que permite pensar las relaciones igualitarias como relaciones de unión e interdependencia fundamentales y no meramente instrumentales. El vínculo fraternal impide que los iguales se vean a sí mismos como seres aislados entre sí, extraños unos a otros y auto-suficientes, individuos despreocupados por cómo les va a los demás, como si la libertad y el bienestar propios estuviesen totalmente desconectados de la libertad y el bienestar de los otros (Puyol 2018b: 99).

6. Conclusiones: ¿pretende ser *Star Wars* el espíritu de la historia?

Respondo ya: evidentemente, no.

Ahora bien, resulta a mi juicio muy interesante un concepto de historia que puede desprenderse a partir de la evolución de los conceptos de «política» y de «sujeto político» que se desprenden de la evolución argumental de toda la saga.

Nos encontrábamos inicialmente con un sistema democrático aparentemente perfecto, según lo entendemos por la manera en que los viejos y nuestros sabios hablan de él¹⁸. La antigua república era un sistema colapsado por la corrupción, por el intervencionismo religioso de la Orden Jedi, por la indiferencia hacia las clases económicamente débiles y por la falta de solidaridad entre los diferentes sistemas estelares. Hasta aquí la *Trilogía del Sabio*.

Al caer y ser sustituido por el Imperio, se mitifica aquella república. Esa leyenda sirve a los rebeldes para construir una fraternidad surgida de la necesidad y de lo militar, pero que se centra sobre todo en pequeños grupos de sujetos, como vemos en la *Trilogía del Héroe*. Esa fraternidad entre individuos en el nivel privado representa la manera de arranque de *The Force Awakens*: tanto Rey como Finn son individuos alienados que pueden encontrar nuevos espacios de identidad al apoyarse fraternalmente entre sí.

Cuando llegamos a *The Last Jedi*, Leia, Holdo y Rose muestran maneras de fraternidad que trascienden lo privado y se proyectan hacia lo público, lo institucional y la manera de entender la lucha contra el enemigo. Esta manera se encuentra más en la línea de la fraternidad política de Domènech y de la sororidad de Lagarde que en la del enemigo político de Carl Schmitt (1932). Resulta chocante cómo pueden establecerse analogías —siempre más simbólicas que reales— con la historia de países como España, Irán o Estados Unidos, por citar tres ejemplos bien diferentes.

Lo que hemos visto es una propuesta interpretativa de la evolución del concepto de fraternidad a través de la saga, según se va apoyando en la socialidad del dolor. Durante la *Trilogía del Sabio*, esta socialidad y esta fraternidad fracasan en las escasas ocasiones en que aparecen. Esto coincide con un esquema político republicano que coincide en muchos puntos con las fracasadas realizaciones del proyecto utópico moderno desarrolladas a lo largo de los siglos XIX y XX. Además, el amor romántico y la familia conducen a tragedias y sufrimiento, al encontrarse en conflicto con lo político: lo público y lo privado se golpean entre sí hasta provocar la mutua explosión.

Durante la *Trilogía del Héroe*, lo fraternal privado une a los héroes y les permite crear un espacio de ayuda mutua desde el cual luchar contra la tiranía y la opresión.

Durante el *Star Wars Crepuscular*, lo fraternal se convierte en la base de lo político mediante la fusión de lo público y lo privado, a través de la socialidad del dolor, desde una propuesta que trasciende la mayor parte de los discursos políticos modernos.

Esta es solo una de las numerosas lecturas posibles de la saga, entre las muchas posibles. La analogía con los momentos históricos en que cada película fue rodada y con los actuales análisis del concepto de fraternidad política me parece sumamente iluminador. Como ya he explicado, el cine comercial no es más que un catalizador, a través del filtro de un creador estético, de las obsesiones de una sociedad. Considero que, una vez contemplado el ejemplo de *Star Wars*, conviene empezar a analizar cómo estas sociedades, a través de su cine, están pidiendo a gritos una nueva manera de entender la política a través de los espacios públicos y de los privados.

¹⁸ Puede resultar divertida la comparación con la mitificación de la Segunda República española según es contada a veces por compañeros de izquierdas, sin considerar sus lados oscuros y siempre en contraste con la dictadura franquista posterior. Evidentemente, sale ganando, pero eso no significa que fuera el sistema ideal y que no arrastrara viejas actitudes perversas.

7. Referencias

- Ahmed, Sara (2004). *La política cultural de las emociones*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2015.
- Arnau, Juan (2006). *Antropología del budismo*. Barcelona: Kairós, 2007.
- Boeri, Marcelo D. y Salles, Ricardo (eds.) (2014). *Los filósofos estoicos: ontología, lógica, física y ética*. Sank Augustin: Academia.
- Campbell, Joseph (1991). *El poder del mito: entrevista con Bill Moyers*. Madrid: Capitán Swing, 2015.
- Camps, Victoria (2018). La fraternidad, condición de la justicia. *Daimon. Revista Internacional de Filosofía*, suplemento 7, 139-49.
- Domènech, Toni (1993). ...y fraternidad. *Isegoría*, 7, 49-78.
- Domínguez Leiva, Antonio (2019, marzo). *Why so serious? El ensombrecimiento de la cultura popular contemporánea*. Seminario realizado en la Facultad de Filología de la Universidad Complutense de Madrid.
- Estrach Mira, Núria (2018) La eficacia política de la fraternidad. *Daimon. Revista Internacional de Filosofía*, suplemento 7, 45-57.
- Farrés Juste, Oriol (2018). Trazas de la fraternidad. *Daimon. Revista Internacional de Filosofía*, suplemento 7, 151-64.
- Hawking, Stephen W. (1988). *Historia del tiempo*, Barcelona: Crítica.
- Lagarde, M. (2006). Pacto entre Mujeres. Sororidad. *Aportes para el debate*, 25, 123-135.
- Maquilón, Laura S. (2019). Hopepunk: una corriente a prueba de definiciones. En *Libros prohibidos*. Recuperado el 20 de abril de 2020. <https://www.libros-prohibidos.com/hopepunk-corriente-prueba-definiciones/>
- Mitchell, Peter R. y Schoeffel, John (eds.) (2002). *Noam Chomsky*. Barcelona: Crítica.
- Moreno, Fernando Ángel (2018). *La ideología de Star Wars*, 2ª edición ampliada. Madrid: Escolar y Mayo.
- Moyers, Bill (1999). La mitología de *Star Wars*. En *Conversaciones con George Lucas: ocaso o despertar de un mito* (pp. 21-52). Salamanca: Confluencias, 2016.
- Nussbaum, Martha C. *Emociones políticas: ¿Por qué el amor es importante para la justicia?* Barcelona: Espasa, 2013.
- Ornfray, Michel (2005). *Tratado de ateología*. Barcelona: Anagrama, (2006).
- Peikoff, Leonard (1993). *La filosofía de Ayn Rand*. Buenos Aires: Grito sagrado, 2013.
- Puyol, Ángel (2018a). Libertad, igualdad ¿y fraternidad? *Daimon. Revista Internacional de Filosofía*, suplemento 7, 5-9.
- Puyol, Ángel (2018b). Sobre el concepto de fraternidad política. *Daimon. Revista Internacional de Filosofía*, suplemento 7, 91-106.
- Romano, Aja (2018). <https://www.vox.com/2018/12/27/18137571/what-is-hopepunk-noblebright-grimdark>
- Schmitt, Carl (1932). *El concepto de lo político*. Madrid: Alianza, 2016.
- Vergés Gifra, Joan (2018). Liberté, Egalité y... ¿cómo se llamaba el tercero, hermano? *Daimon. Revista Internacional de Filosofía*, suplemento 7, 125-38.
- Williams, Raymond (1977). *Marxismo y literatura*. Buenos Aires: Las Cuarenta, 2009.
- Wert, José Ignacio (2012) [Declaraciones]. Recuperado el 29 de marzo, 2019. https://www.youtube.com/watch?v=dyV_7bTv4i4.
- «La ministra de Trabajo italiana rompe a llorar mientras explica los recortes» en *Público*, 4 de diciembre de 2011. Recuperado el 29 de marzo, 2019. <https://www.publico.es/actualidad/ministra-italiana-rompe-llorar-explica.html>